

# Severino Salazar: memoria de un tejedor de historias

Miriam Rudoy

CONOCÍ A SEVERINO SALAZAR EN LA UAM Azcapotzalco, por los años ochenta. Él acababa de ingresar como profesor a la Sección de Lenguas Extranjeras. Nos caímos bien casi de inmediato. Me acuerdo que me agradaron su ligereza, su don de gentes, su sentido del humor, y con el tiempo, su calidez, generosidad y amabilidad. Poco tiempo después me enteré de que escribía. Y alguien me prestó *Donde deben estar las catedrales*, novela que leí casi de una sentada. Por aquella misma época yo acababa de viajar por primera vez a Zacatecas, en tren, y la ciudad me había impresionado mucho. No sé por qué, pero ahora pienso que ambos hechos se amalgamaron. Que Zacatecas fuera un lugar tan hermoso e interesante y que hubiera encontrado en ese momento un texto que lo fabulaba, y que recogía voces antiguas que entroncaban con el amor y la locura. Y es que al recorrer la ciudad de Zacatecas es imposible no remontarse al pasado. Al admirar la catedral me sentí como una viajera en el tiempo. Es un espacio arquitectónico tan imponente y tan sorpresivo, puesto que uno no espera hallar esa profusión barroca de cantera rosa un poco de lado desde la angosta acera, que el edificio parece surgir como un milagro. En una ciudad de provincia una catedral, o una iglesia, suelen ser el corazón del lugar. La catedral medieval construida con las manos y la fe de sus creyentes era un ejemplo de transmutación de lo material en lo espiritual y de vuelta de lo espiritual a lo material. ¿Quién no ha sentido el éxtasis que genera la música sacra al brotar y remontarse en esos espacios casi hasta la bóveda arquitectónica que es una representación de los cielos? O bien, ¿quién no se ha sentido capturado e iluminado por la mirada compasiva y misericordiosa de algunos santos en cuadros colgados en sus paredes? No me extrañó, pues, que el sentido de la vida,

en esa primera novela de Severino, estuviera entroncado con la bíblica máxima de que en las ciudades las catedrales deben ser espacios religiosos y místicos necesarios para darle oportunidad a pecadores y escépticos de encontrarse con Dios. Éste, por cierto, sería después un tema recurrente en la narrativa salazariana.

Lo siguiente que recuerdo es la lectura de *Las aguas derramadas* y un curso que tomamos juntos sobre la Inquisición. De nuevo, algunos de los cuentos me parecieron espléndidos, especialmente los relacionados con las memorias de infancia y adolescencia. Entre ellos el magnífico “También hay inviernos fértiles”. Otra vez, el sentido de la vida aparecía enmarcado por algún hecho extraño o terrible, que servía para entender el futuro del protagonista. Había allí un determinismo desolador. También hay un retrato fiel y dramático de la crueldad que asoma a veces en el tránsito entre la infancia y la adolescencia, y que tiene honda stirpe en literatura. Me vienen a la mente por mera asociación otros dos textos espléndidos, la novela *Las tribulaciones del estudiante Törless* de Robert Musil y el cuento “Crucifixión” de Hernán Lara Zavala.

En ese curso sobre la Inquisición nos conocimos en otra faceta, la de ser estudiantes. Era divertido discutir a capa y espada con nuestro ponente, un estudioso español miembro del clero, quien justificaba todo el tiempo la existencia de ese tribunal eclesástico como algo importante y “benigno”. Ni Severino ni yo podíamos creer que “alguien” en pleno siglo xx, por muy sacerdote que fuera, mantuviera que todo lo que había hecho la Inquisición formara parte de un hecho histórico necesario. Yo lo veía tomar notas acuciosamente y hacerle mil y una preguntas y solicitarle bibliografía a nuestro profesor. Un día decidí, a mi vez, preguntarle si tenía intenciones de

escribir algo sobre ese tema. “Sí —me contestó—, estoy planeando una novela sobre el siglo XVI en la Nueva España.” El material reflexionado en ese curso, una leyenda zacatecana, muchas otras lecturas y su viva imaginación se convirtieron más tarde en la novela *Desiertos intactos*. En algún recorrido que hicimos juntos por el centro, Severino me comentó que había un cuadro de Gregorio López, el anacoreta protagonista de la novela, en la pinacoteca de la Catedral de México. Le gustaba pensar que la literatura podía dar voz al pasado y recuperarlo como enseñanza para el presente.

Poco después me contó que había terminado *El mundo es un lugar extraño*. Me entregó el material en manuscrito para pedirme que le elaborara la cuarta de forros. Sufrí tratando de sintetizar en las diez a doce líneas que tenía autorizadas un texto que contara un poco, aunque no mucho, del contenido, y también lograra “capturar” al lector. También me solicitó que fuera una de las comentadoras de este libro en Bellas Artes, cosa que me emocionó enormemente. Recuerdo que esa presentación la sentí muy completa. Alberto Paredes escribió un texto ágil, breve e inteligente, muy literario. Miguel Ángel Quemáin usó material biográfico para redondear con agudeza varios de los ejes de su lectura. Y yo me centré filosóficamente en el tema del sentido de la vida. De modo que entre los tres ofrecimos un panorama variado de lo que habíamos encontrado en esa novela. Recuerdo que Severino también le agradeció a Jorge López Medel por el diseño de la portada de la edición de Leega. Años después y a propósito del perico que aparece allí, charlamos tanto de “Un cœur simple” (“Un corazón sencillo”) de Flaubert, cuento que le fascinaba, como de la estupenda novela de John Barnes, *Flaubert’s Parrot*, tributo original, profundo y nostálgico al escritor francés. No es de extrañar que a Severino le gustara tanto el cuento de Flaubert. La sirvienta que termina pensando que su perico —muerto y después embalsamado— se ha vuelto el Espíritu Santo es un personaje provinciano, retratado magistral e irónicamente por Flaubert. Es cierto, nuestras lecturas dejan huellas conscientes e inconscientes en nuestra mente, de allí que de pronto aparezcan, a veces como meros guiños de la intertextualidad. Ya ha dicho Borges, con verdad, que somos el conjunto de todas nuestras lecturas. Pero en los escritores del siglo XX esto es aún más evidente.

En 1990 terminó *Llorar frente al espejo*, que se publicó primero por separado como plaquette, y después se incluyó en *Tres noveletas de amor imposible*. También en esa ocasión Severino me pidió que formara parte del equipo de presentadores. La prosa de Severino se había vuelto más transparente y tersa, algunas líneas del texto eran profundamente poéticas.

Además, había elementos tomados de la picaresca española trasplantados a una realidad análoga en el universo zacatecano. Nunca había notado algo que allí se dice implícita y explícitamente: que los españoles que llegaron a América buscaron para establecerse lugares cuya geografía era semejante a los de su patria. Los castellanos apreciaron Zacatecas; los andaluces, las costas de la Nueva España.

Al leer esa bella novela corta pensé que era una manera amable de asomarse un poco a la historia de Zacatecas. Por ejemplo, ignoraba lo bravos e indómitos que fueron los chichimecas en esa zona. Años después tuve que hacer el dictamen de un artículo sobre la minería en Zacatecas. A la distancia, aunque ambos textos me dijeron muchas cosas sobre ese estado, sigo prefiriendo el camino de la literatura, tal vez porque quiero seguir creyendo que leer literatura es también una manera de vivir nuestra vida a través de otras vidas —cercanas o lejanas a las nuestras—, pero por lo mismo una fuente para crecer y enriquecernos.

Severino siempre estaba ideando nuevos textos y fue un escritor dedicado y trabajador. Tenía lo que a muchos les falta: disciplina. Muchas veces conversamos sobre las técnicas tanto para “detonar” un texto de ficción, como sobre la mnemotecnica para escribir. Por ejemplo, la recomendación de Carlos Fuentes de dejar la página a medio escribir (para evitar la parálisis que supone la página en blanco). Aunque nunca me pareció que Severino tuviera problemas para empezar a escribir. Creo que a veces sufría un poco al terminarlos. Allí es donde tenía que pensarle un poco más.

A ambos nos gustaba reconocer lo “verboso” y adjetival del español, no sólo porque eso entronca con el carácter tan conversacional que tiene, sino porque estilísticamente supone un camino de entrada para los otros personajes: hablo primero de mí, y luego de los otros. En los textos breves de Severino hay una preeminencia de la voz del narrador en primera persona, casi siempre es el que da entrada a los diálogos posteriores.

A veces una línea de algo común parecía atraparlo. En una ocasión al contarle una anécdota familiar, terminé diciendo algo así como: “Una fuente común en los matrimonios que ocurren en la juventud, es que las hermanas se casen con los mejores amigos de los hermanos mayores”. Se quedó pensando y me dijo: “Sí, eso es, exactamente”. Luego añadió: “Hay por lo menos un caso, en mi casa”. No he podido confirmar si esa línea formó parte de algo que después fuera a usar, pero tal parecía que a veces iba guardando líneas en el *carpet* de la memoria para usos posteriores. También fue un lector incansable. La lista de sus escritores favoritos era amplia. En varias

presentaciones sobre su obra he oído mencionar algunos, añadido otros especialmente de autores en inglés que no he oído citar: Truman Capote, Katherine Mansfield, E. M. Forster, Flann O'Brien, Flannery O'Connor, Karen Blixen. En una ocasión a propósito de los *Winter Tales* de Karen Blixen, que compré a sugerencia suya en un viaje, nos pusimos a conversar sobre el género de los "cuentos invernales". Que en la tradición sajona muestran el enfrentamiento, desafío y respuesta del hombre frente a los fenómenos de la naturaleza y que también recogen las leyendas de esos pueblos.

Poco tiempo después me llamó para pedirme que formara parte de los presentadores de sus *Cuentos de navidad*. Resultó que se trataba de otro género literario sajón aunque de cuño más reciente. La referencia a Dickens era obvia. No hallé por ninguna parte algo parecido a la *Christmas philosophy* que se generó a partir del personaje de Scrooge, a saber, que hay que tener un espíritu positivo todo el año para ser feliz y hacer felices a los demás. Empecé a buscar cuentos navideños en español y sólo encontré unos pocos, no como género sino donde simplemente se describía la navidad como fecha calendárica en el relato.

Los *Cuentos de navidad* de Severino sí seguían una línea narrativa, estaban asociados o "pegados" a ciertos acontecimientos mágicos o extraordinarios. Me parecieron pequeñas parábolas, no a la manera tradicional, sino de modo un poco más complejo, mostrando la ambigüedad de la existencia: un *leitmotiv* de su literatura. Así pues, la enseñanza en cada uno dependía de la postura que tomara el lector. Dijéramos que se trata de una didáctica abierta.

Algunos de sus relatos se nutrieron con información obtenida de sus viajes. Por ejemplo, en el cuento "Los Santos Reyes", que puede uno leer en *internet*, el sobrino —que es el personaje principal—, al recibir como obsequio un tapete persa se entera de que por medio de él se puede hablar con Dios. El tío le explica al chiquillo que los musulmanes al orar en sus alfombras mirando hacia La Meca, se postran tocando el suelo con siete partes del cuerpo. El cuento tiene un final feliz porque con la magia del tapete el niño recupera su ilusión de infancia, pero más aún consigue conservar su fe en la divinidad. La precisión para describir cómo rezan los musulmanes en las mezquitas le vino a Severino de unas vacaciones que pasó en El Cairo. Estaba fascinado con todo lo que vio y visitó, aunque también tuvo hacia ese pueblo una mirada crítica.

Al terminar *Pájaro, vuelve a tu jaula* Severino reconoció en la presentación de esta novela que parte del universo lite-

rario de algunos autores, como era su caso, se germina en la infancia. Al describir a los niños de la novela y contar lo que les ocurrió, uno puede descubrir al menos dos cosas: una, la memoria escrita permite asimilar de algún modo el hecho, o por lo menos descifrarlo; dos, según el lugar que ocupó cada uno de ellos en esa historia, entender mejor el sentido de lo que pasó, y además enviarle un mensaje al lector.

Así pues, si me pongo a reflexionar en la gran mayoría de sus textos encuentro que aparte de ser un excelente fabulador, un imaginativo tejedor de historias, Severino Salazar fue un maestro, no sólo a nivel docente, sino también a nivel literario. Tenía una gran vocación para la enseñanza. Era alguien que creía firmemente en el aprendizaje, y en el desarrollo y crecimiento de la conciencia.

Además fue un ser humano espléndido, un hombre inteligente, modesto, sencillo y talentoso, capaz de reconocer los méritos ajenos —en espacios donde es más común hallar envidias y deslealtad—. Disfrutaba de la vida, el humor, la pasión, la comida, la bebida, y muy especialmente la conversación. Era antisolemne por naturaleza, de risa contagiosa y espíritu vivaz.

Los que fuimos a la vez amigos y lectores sentimos en este momento una honda tristeza porque ese ser humano magnífico ya no nos acompaña, pero nos reconforta saber que nos quedan sus textos, contruidos de la misma manera en que se construyeron las catedrales. En el escritor existe un complejo proceso de transmutación: lo que vivimos, las sensaciones, se convierten en pensamientos y éstos se "solidifican" al ser expresados en palabras, esto es, se va de la carne al espíritu, del espíritu al verbo y de allí de vuelta a la carne. Y el escritor nos devuelve la realidad convertida en materia memorable. Experimentador vital, espejo de sí mismo y un poco de todos, el escritor como un pequeño dios se envuelve, se refugia y se muestra en su propia catedral: una catedral de palabras.

Y quiero decirte, Severino, que en el espacio de mi memoria siempre estarás presente junto a la catedral de Zacatecas convertido en esa enorme, profunda y hermosa catedral de palabras que fue tu obra. •

MYRIAM RUDOLY es licenciada en filosofía por la UNAM, con una tesis sobre el primer Wittgenstein. Fue becaria Supervía en Washington (1985). Se ha dedicado principalmente a la docencia y a la edición de libros.